

NOVELA FINALISTA IX PREMIO ROMÁNTICA KIWI RA



Inolvidable
sabor, a
Limón

LORENA PACHECO



Inolvidable
Sabor a
Limón

LORENA PACHECO

EDICIONES KIWI, 2022
Publicado por Ediciones Kiwi S.L.



EDICIONES**KIWI**

Primera edición, septiembre 2022
IMPRESO EN LA UE

ISBN: 978-84-19147-13-4
Depósito Legal: CS 599-2022
Copyright © 2022 Lorena Pacheco
Copyright © de la cubierta: Borja Puig
Copyright © de la foto de cubierta: shutterstock
Corrección: Ana María Benítez

Copyright © 2022 Ediciones Kiwi S.L.
www.edicioneskiwi.com

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright.

NOTA DEL EDITOR

Tienes en tus manos una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y acontecimientos recogidos son producto de la imaginación del autor y ficticios. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, negocios, eventos o locales es mera coincidencia.

A aquellas personas que expresan el presente.

PRÓLOGO

Tomé la decisión en cuanto noté el primer hormigueo en la punta de mis dedos.

Había estado pensando en ello desde hacía semanas, pero siempre terminaba encontrando una excusa para posponerlo. No sabía si se debía al hecho de alejarme de casa en un momento como aquel. Y eso resultaba irónico, porque en realidad no había nadie esperándome cuando cruzaba el umbral de la puerta. Solo silencio. Recuerdos que ahogaban. Y preguntas eternas que seguían sin respuesta y que, tal vez, ya nunca la tendrían. ¿Cómo, si él ya no estaba? Había pasado más de un mes, pero seguía esperando escuchar su voz para recordarme que tenía que comer más y estudiar un poco menos.

El agujero que la nostalgia había abierto en mi pecho era tan oscuro que no tenía ni idea de dónde estaba el fondo. Sentía que me faltaba un pedazo y, sin embargo, el peso sobre mis hombros era mayor que nunca.

Me aferré con fuerza a uno de los mangos de su silla de ruedas. Ni siquiera sabía si sería cierto lo que empezaba a sospechar, pero cerré los ojos y pedí que el hormigueo desapareciera, que me diera algo más de tiempo. La irracionalidad de una certeza solo mía me puso el estómago del revés.

Tal vez me equivocara.

Deseaba equivocarme.

Pero la idea de irme ya había germinado en mi cabeza. Hacía tiempo que sabía que el momento llegaría, que anhelaba lanzarme al mar de lo desconocido con la esperanza de encontrar un salvavidas en medio del agua. Entonces..., ¿por qué este vértigo? ¿Por qué esta desazón ante la idea de alejarme de aquí?

Nada ni nadie me retenían ya y, sin embargo, sentía mi inminente partida como una pequeña traición. ¿Qué pensaría mi padre si supiera que durante mucho tiempo estuve escondiendo en mi habitación folletos turísticos y recopilando toda la información posible para viajar a ese lugar que él parecía amar y odiar a partes iguales? Ese al que le había pedido innumerables veces que me llevara cuando solo era una niña. Ese al que él ya no habría podido acudir ni aunque hubiera cambiado de opinión, dadas las circunstancias.

El tiempo a veces parece eterno, pero lo cierto es que es tan efímero como un parpadeo. Tan limitado y cambiante, tan incontrolable.

A los dos días de esa sensación en mis manos, ya tenía el billete de avión y una reserva en una pequeña pensión que me había conseguido Águeda, la agente de viajes que llevaba meses ayudándome a prepararlo todo. Incluso me indicó dónde podía cambiar las pesetas por libras. No sé qué vio en mi cara aquella mañana de julio, pero supo que había llegado el momento antes de que abriera la boca.

—Por fin —dijo en cuanto me senté frente a ella. Lanzó una rápida mirada a mis manos—. ¿Estás nerviosa?

—¿Tanto se me nota?

Me dedicó una cálida sonrisa.

—Sé que has pasado por mucho, Noa. Te mereces esto, ¿de acuerdo? Él lo entendería.

Me esforcé por sonreír yo también, a pesar del nudo en mi garganta.

—Yo no estoy tan segura.

—Tu padre querría que fueras feliz —insistió ella—. No sé qué esperas encontrar en Italia, pero...

—Tal vez no encuentre nada —la corté.

—Aun así, siempre es mejor no quedarse con las ganas. Las espinitas que no nos quitamos a tiempo son las que terminan clavándose en el corazón.

Suspiré. Esperaba que tuviera razón y que mi propia espinita no estuviera ya clavada sin remedio.



Tardé poco en hacer la maleta. Apenas algo de ropa y un par de recuerdos. En la mochila, música, la cámara de fotos, un libro y mi cuaderno. Eché un último vistazo a la casa. A sus paredes blancas y sus muebles de madera, a los cuadros de paisajes que me habían acompañado toda mi infancia. Me despedí de mi habitación, pero sobre todo de la de mi padre. Del olor a *after shave* en los cuellos de sus camisas, del libro empezado de su mesilla de noche. Añoré sus gafas justo encima, pero lo habíamos enterrado con ellas. Fue una orden suya; porque, ¿cómo iba a vigilarme desde el más allá si no veía tres en un burro? Lo regañé cuando lo dijo, como cada vez que hablaba de su muerte, pero ahora no podía evitar sonreír. Una sonrisa triste, sí, pero sonrisa al fin y al cabo. Eso era lo que quería dejar aquí, como una última huella imborrable. No quería marcharme entre lágrimas, así que sonreí a pesar de sentirme rota. Sonreí, a pesar de que por dentro derramaba ríos enteros.

Grabé en mi memoria la silla de ruedas vacía, justo al lado de la mesa. Justo donde él comía. Imaginé que en el televisor había algún documental aburrido de esos que le gustaban a la hora de la siesta. Incluso me pareció escuchar su respiración calmada, signo inequívoco de que había sucumbido al sueño.

Me quedé un rato observando la pequeña acuarela enmarcada que colgaba de la pared del salón desde que tenía uso de razón. Ahí estaba el pueblo en el que mis padres se enamoraron. Una de las pocas pistas que tenía de su relación y de mi madre, de la que él ni siquiera guardaba una foto. Quizá tendría que haberla dejado en su sitio, pero una súbita necesidad de llevarla conmigo me asaltó en aquel momento. La descolgué y acaricié la imagen sobre el cristal, deteniéndome en el garabato con forma de flor que era la firma de

su autor o autora. Le di la vuelta al marco y tiré de las pestañas para liberarla. No sabía por qué exactamente, pero era importante para mi padre. A veces, sin que él lo supiera, lo descubría inmerso en ella, con la mente muy lejos de nuestro salón.

El corazón se me aceleró al descubrirla escrita. Estaba en italiano, un idioma que yo misma entendía y hablaba con bastante fluidez gracias a que mi padre decidió enseñármelo porque podría venirme bien para el futuro. Suponía que no era en esto en lo que había pensado, claro.

A pesar de no necesitarlo, la traduje en voz alta, como si así pudiera asimilarla mejor. Quería evitar perderme cualquier detalle.

2 de febrero de 1974

Querido Alfredo:

Esta será la primera y última vez que te escriba. Me habría gustado ir con vosotros a España, con nuestra pequeña y contigo, pero me encuentro en paz porque sé que estaréis juntos. Que os tendréis el uno al otro.

Me veo en la obligación de decirte que estoy embarazada. No lo hago con intención de hacerte daño, sino porque necesito que entiendas que no iré a buscaros. Aquí tengo una vida, una familia.

Por favor, no me esperes.

Ojalá puedas perdonarme algún día.

Con amor,

G

CAPÍTULO 1

Dejé la maleta junto a la puerta en cuanto entré en la consulta, y tomé asiento frente a la mirada inescrutable de la mujer con bata blanca. Podría haber venido aquí antes de despedirme de mi casa, pero tenía la impresión de que me habría resultado más duro invertir el orden.

Me parecía buena idea huir de Madrid justo tras la visita a la doctora.

—¿Te vas a alguna parte?

Marta se permitía hablarme con familiaridad. Estaba en su derecho, después de todo. Llevaba años tratando a mi padre y varios meses ocupándose de un sinfín de pruebas para mí misma.

—Sí.

Su sonrisa decía que me comprendía.

—Con la maleta en la mano, es más difícil echarse atrás —observó.

Me removí en la silla.

—Necesito... salir de aquí —confesé. De pronto, tuve que apartar la mirada. Me dediqué a masajear mis dedos. Tal vez también porque, de forma inconsciente, quería que volvieran a ser los mismos. Que no me obligaran a volver a pisar esa maldita consulta.

—No tienes que justificarte conmigo, Noa.

La mujer conocía mejor que nadie el tipo de viaje que había hecho junto a mi padre. Había sido testigo de lágrimas derramadas por impotencia y dolor, de esa incertidumbre que nos acompañaba en nuestras visitas como un familiar más.

Cuando volví a levantar la cabeza, descubrí una calidez infinita en su mirada. Marta no me juzgaba, como tampoco lo había hecho

Águeda un par de días antes. A veces, creemos que el mundo nos señalará con su dedo acusador; pero, si miramos en el espejo, descubriremos que ese dedo es solo nuestro.

Suspiré.

—Dime que no tienes que hacerme más pruebas, por favor.

Después de innumerables analíticas y resonancias magnéticas, entre otras cosas, empezaba a pensar que terminaría sucumbiendo al agotamiento mental antes que a cualquier otra cosa.

—Me temo que el diagnóstico está bastante claro.

No vi un anticipo en su cara. Tampoco lo percibí en su voz, que había perdido el deje de familiaridad para adoptar ese tono neutro con el que los médicos transmiten cierta información delicada.

—Un momento —le pedí, dejándola con la boca abierta. Apoyó las manos sobre la mesa y esperó, paciente—. No sé... no sé si quiero saberlo.

En mi interior, sentía que ya lo sabía. No era una persona especialmente negativa, pero siempre me había jactado de dárme las de realista. De afrontar las cosas tal como vienen, de aceptar que hay hechos que no podemos cambiar y que, en cambio, solo podemos adaptarnos a ellos. Yo era de esas personas que creían que, si había algo que saber, mejor saberlo cuanto antes.

—Noa...

Sacudí la cabeza. Por una vez en mi vida, acababa de optar por la incertidumbre. ¿De qué me había servido hacer planes si luego la vida me había llevado por su propio camino? ¿Iba a dejar que unas palabras escritas en un papel decidieran mi futuro? Vale, era consciente de que las cosas no eran tan simples como eso, pero tampoco deseaba que nada me influyera ahora mismo.

—No digo que sea una decisión permanente, pero temo que lo que ponga en ese papel me haga cambiar de opinión.

Marta alzó las cejas. Las arrugas de su frente se hicieron más evidentes.

—¿Incluso con la maleta en la puerta?

—Incluso con la maleta en la puerta. —Me froté la cara, agotada—. Si ahí pone lo que creo que pone, es posible que me hunda un poquito más en la mierda. Haría el viaje, desde luego, pero sin dejar de obsesionarme con mis limitaciones. Pero, si ese papel dice lo contrario, encontraré cualquier excusa para no coger el avión, para posponerlo todo porque el tiempo ya no será un problema. No te pido que me entiendas, solo que lo respetes, por favor.

Suspiró.

—No me has dicho a dónde piensas ir. —Pude distinguir la sorpresa en su expresión al enseñarle la postal—. ¿No había un pueblo con más escaleras?

Me encogí de hombros.

—Dicen que es parte de su encanto.

Su sonrisa se volvió triste mientras cogía un bolígrafo para escribir algo sobre la hoja. Aparté la vista de forma automática, con el corazón en la garganta. No quería ver nada, ni siquiera mi nombre en el papel. Abrió un cajón del archivador que tenía a la espalda y sacó un sobre en el que guardó mis resultados tras plegarlos una vez.

—Tienes mi número personal —dijo mientras me lo entregaba—. Por si tienes preguntas mientras estás fuera.

Más que una oferta, parecía una orden, la verdad. Aunque la recibí como lo que era: una muestra de cariño.

—Gracias, Marta.

Apenas cogí el sobre con dos dedos, por si acaso era capaz de percibir lo que escondía su interior solo con rozarlo. Qué estupidez.

—Prométeme que vas a cuidarte.

—Te lo prometo.

Antes de que alcanzara el pomo de la puerta, con el asa de la maleta ya aferrada de nuevo con fuerza, me vi petrificada ante el abrazo espontáneo de mi doctora, una mujer que había demostrado implicarse con sus pacientes a un nivel mucho más amplio que el meramente profesional.

En cuanto crucé el umbral, la sensación de urgencia volvió con más fuerza que antes. El miedo a lo desconocido, sí, pero también la emoción por el mismo motivo.

Solía levantarme cada mañana con la certeza de que aquel día sería igual que el anterior, pero no había sido así aquel viernes de comienzo de verano. Salí a la calle con el sobre todavía en la mano. Me detuve un segundo para guardarlo en la mochila, ansiosa por perderlo de vista bajo un montón de camisetas arrugadas.

Por una vez, me permití parar un taxi. Pensar en compartir espacio con alguien en el autobús o en el metro ahora mismo me resultaba insoportable. Necesitaba todo el aire disponible a mi alrededor para continuar respirando con normalidad.

Tuve que pedir ayuda al llegar para dar con la puerta de embarque. Era la primera vez que pisaba el aeropuerto y me encontraba desorientada, todo lo contrario que el resto de personas con las que me crucé, de cuyos trayectos parecían estar muy seguras.

Mientras esperaba en la cola, observé el enorme avión a través del cristal, que ya estaba listo para que subiéramos a bordo. En contra de lo que creí en un principio, no me ponía nerviosa el hecho de levantar los pies del suelo. Estaba ansiosa por dejar la tierra muy lejos y flotar entre las nubes.

Al sacar el billete de la mochila, mis dedos rozaron el sobre que me había entregado la doctora unas horas antes. Sobresalía entre un par de camisetas de algodón. Me permití cogerlo, al igual que la postal.

En la mano izquierda, la acuarela que parecía gritar un pedazo de mi pasado. En la derecha, una respuesta que podía condicionar mi futuro.

Pasado a la izquierda.

Futuro a la derecha.

Y, justo delante de mí, el presente más inmediato aguardando a que abandonara esta ciudad para echar a volar.

CAPÍTULO 2

Solo había estado en dos en mi vida, pero los aeropuertos ya me resultaban coloridos. No por su decoración o arquitectura, en su mayor parte anodina y funcional, sino por la variedad de personas que los cruzaban. Daba igual de qué parte del mundo vinieran, pero todas convergían en este punto como piezas de un puzle desperdigadas sobre la mesa del salón. Me hacía estúpidamente feliz ser una de esas piezas. Ni siquiera el vértigo que experimenté al despegar y aterrizar pudo cambiar eso. Así que lo primero que pensé en cuanto abandoné el avión y caminé varios metros, siguiendo al resto de pasajeros, era que el aeropuerto de Nápoles me recordaba a un hormiguero, con esas largas filas de turistas entrelazándose en busca de la salida.

Mi rumbo era incierto, pero sí sabía a dónde quería llegar. Carraspeé antes de preguntar por la parada del autobús a un guardia de seguridad con mi mejor italiano. El hombre alzó las cejas y sonrió, complacido por mi acento. Claro que no debía de ser tan bueno como yo creía si se había dado cuenta de que era extranjera.

—*Grazie tante* —respondí mientras trataba de memorizar sus indicaciones.

Mi orientación era bastante deficiente, algo que había heredado de mi padre. No eran pocas las anécdotas que él coleccionaba al respecto, aunque con el tiempo habían terminado siendo tesoros, más que errores de cálculo. Mi padre había convertido el noble arte de perderse en una de sus mejores cualidades. A menudo solía relatar la de rincones y personas que había conocido gracias a no saber a dónde lo dirigían sus pasos. Su forma de romantizar la idea de perderse no había terminado de alcanzarme a mí, que seguía

lamentándome cuando me percataba de haberme equivocado de camino.

Pero ahora no tenía ni un camino que seguir, más allá del que me llevaría a un pueblecito anclado en una colina, pintado con gusto en una postal guardada en mi mochila, cuya parte trasera recogía una caligrafía desconocida que parecía guardar un secreto.

En el autobús se hablaba italiano, pero sobre todo mucho inglés. El sur de Italia era un destino recurrente para turistas europeos y estadounidenses. Tomé asiento de forma discreta al final del vehículo y accioné el *play* de mi Discman para dejar que The Cranberries amenizaran el trayecto. Dedicué una sonrisa de cortesía a la chica que ocupó el asiento de al lado y me giré para no perderme ningún detalle que la ventana pudiera ofrecerme.

No me dio tiempo a apreciar demasiado de la ciudad, pues en veinte minutos ya habíamos alcanzado nuestro destino. Piazza Garibaldi nos acogió con los brazos abiertos en una mañana de calor sofocante. La Stazione Centrale aguardaba y, aunque tuve que luchar contra la tentación de lanzarme a recorrer las calles de la ciudad y su caos de alegría, en mi silencio albergué la promesa de hacerlo pronto. Al fin y al cabo, era mi lugar de nacimiento, según me había contado mi padre.

Aguardé a que aquellos que parecían tener más prisa se hicieran con su equipaje antes de inclinarme a coger la pequeña maleta. Sentí que respiraba mejor en cuanto crucé la puerta de la estación y los rayos implacables del sol quedaron a mi espalda.

Encontré las taquillas antes de que tuviera tiempo de buscarlas, pues la cola de personas ya formaba una S. Pausé la música porque quería sentir el murmullo alegre a mi alrededor, que provenía en su mayoría de turistas ansiosos por llegar a su lugar de vacaciones. Planes y escapadas románticas en busca de sol, mar y buena gastronomía.

Después de más de media hora de espera, me hice con un billete de ida, pero no de vuelta. Una de las cosas más excitantes de este viaje era el hecho de que no tuviera fecha de caducidad. Podría

volverme al día siguiente o cuando el dinero se me terminara, aunque no saberlo me resultaba de lo más inspirador.

El tren llegó con retraso, pero no me moví del andén en ningún momento. El chico de la taquilla me había advertido de que era poco el espacio para las maletas y, además, quería conseguir un asiento con ventana a toda costa. Eso fue fácil, puesto que la mayoría de pasajeros prefirieron ir a tomar algo para hacer tiempo, así que casi fui la primera en subir a un vagón algo sucio y destartalado, con apariencia de tener ya unos cuantos años a cuestas.

Dejé la maleta en el compartimiento sobre mi cabeza y perdí la vista entre las distintas personas al otro lado del cristal. Unos rostros mostraban impaciencia; otros, aburrimiento. Algunos incluso algo parecido a la nostalgia. Me llamó la atención que estos últimos eran los que parecían más tostados por el sol, con sus hombros y sus mejillas de un dorado rojizo. Con sombreros de paja y gorras de colores, y una maleta llena de buenos recuerdos. Eso era lo que decían sus ojos, al menos. Me pregunté si yo tendría un aspecto similar a mi vuelta.

Me pregunté si volvería algún día.



Sorrento se encontraba a no demasiados kilómetros de la ciudad de Nápoles, en la región de Campania. Había leído que ofrecía buena comida y un centro histórico de lo más pintoresco, además de unas playas preciosas de aguas cristalinas. Me planteé la posibilidad de escudriñarlo a lo largo del día, pues el ambiente alegre y colorido demostraba que tenía suficiente personalidad por sí mismo como para merecer una visita, pero estaba ansiosa por alcanzar mi destino final y no quería entretenerme más de lo necesario. Este lugar sería una parada y nada más. Tomaría algo y buscaría un lavabo y un medio de transporte para continuar con la última fase del viaje.

Llevar una mochila a la espalda y una maleta a rastras tampoco era mi idea de turismo perfecto.

Paseé por las calles en busca de alguna cafetería que no estuviera a rebosar. Que fueran ya las cinco de la tarde no ayudaba en absoluto. Al final de una calle flanqueada por dos edificios de color ocre, encontré un local en el que aún parecía haber espacio para una más. El calor sofocante y la maldita maleta empezaban a ser demasiado. El sitio era pequeño y estaba mal iluminado. A simple vista, no se diría que podía ofrecer nada demasiado apetecible, pero entonces me percaté de la máquina de granizados medio escondida junto a la caja registradora. Tomé asiento en un taburete sin perder el contacto visual con el hielo picado.

—¿Qué va a tomar, señorita?

La mujer al otro lado de la barra me escudriñaba sin ningún disimulo.

—Un granizado, por favor. Me muero de sed.

Ella alzó las cejas y puso los brazos en jarra.

—¿Italiana?

Me imaginé a mi padre sonriendo desde el cielo porque mi acento hubiera dado el pego.

—Española. —Eso no era cierto. No del todo, al menos, pero mi respuesta evitaba tener que estar dando explicaciones.

La camarera sonrió. Sus mejillas casi devoraron esos ojos vivarachos.

—Bienvenida.

—Gracias —respondí antes de que se diera la vuelta para prepararme el vaso con pajita.

Estaba consultando el mapa, y sintiendo que mi energía se renovaba gracias al frescor del limón, cuando una caja cayó sobre la barra, justo a mi lado. Di un respingo y me llevé la mano al pecho, sobresaltada.

—¡Mira que eres bruto! —exclamó la mujer—. ¿No ves que has asustado a la chica?

Me giré para encontrarme a un chico de rostro aniñado y rizos castaños que me miraba avergonzado.

—Por favor, discúlpeme.

Negué con la cabeza.

—Tranquilo.

Esbozó una sonrisa, agradecido, y acercó una segunda caja. Desvié la vista para no parecer una cotilla, pero lo cierto era que apenas pude concentrarme en nada que no fuera la conversación de esos dos.

—Te he dicho mil veces que me dejes los malditos limones junto a la puerta del almacén —siguió quejándose la camarera.

—Lo siento, Carina, pero se me hace tarde y todavía tengo que conseguir que algún turista se suba a mi coche.

—Dicho así, parece que vayas a secuestrar a alguien, chico.

—No me des ideas —me pareció que bromeaba el otro—. La gasolina no se paga sola.

—Oye, a lo mejor esta española tan simpática necesita un medio de transporte.

Levanté la cabeza al escuchar a la señora. El chico me estaba mirando con ojos esperanzados.

—¿Es eso verdad? ¿Necesita usted que la lleven a algún sitio?

—Pues...

¿Se suponía que iba a subirme a un coche con un desconocido? Iba en contra de toda alarma que había adquirido desde pequeña.

—Porque le aseguro que le haría un buen precio —siguió insistiendo él—. Y, a pesar de la fama que tenemos por aquí, soy un gran conductor.

El carraspeo de Carina no me transmitió confianza precisamente. La miré y alcé la ceja.

—Ah, puede confiar en Federico, chiquilla —se apresuró a aclarar—. Maneja el volante mejor que las cajas.

—No sé si eso es una garantía de algo. —Me puse en pie y empecé a recoger mis cosas antes de soltar unas monedas sobre la

barra—. Se lo agradezco, pero lo cierto era que esperaba coger un ferri.

—¿Un ferri a estas horas? —comentó él—. Tardará en llegar hasta el puerto, y seguro que está cansada de arrastrar esa maleta todo el día. Tengo el coche ahí mismo. —Señaló hacia la puerta—. Y tendría todo el asiento para usted. Podría incluso echarse una siestecita, ¿eso les gusta a los españoles, no?

Volví a mirar a Carina, que asintió con la cabeza como si quisiera darme un empujoncito.

—Respondo por él —añadió como último recurso.

¿Y eso a mí tenía que garantizarme algo? Ni siquiera la conocía. Y, sin embargo, no podía ignorar esa mirada de cordero degollado que me esperaba a mi izquierda.

Suspiré, vencida.

—Está bien.

El chico lo celebró con una palmada y Carina hinchó de aire su generoso pecho, satisfecha con el resultado.

La señalé con el dedo.

—Vendré a buscarla si el servicio no cumple con las expectativas.

La carcajada estalló en sus labios antes de darse la vuelta para colocar la fruta que mi improvisado chófer le había traído.

El tal Federico se echó mi maleta al hombro, sin darme tiempo siquiera a preguntarle por el precio. Salí de ese antro a toda prisa, preocupada por si el tío echaba a correr con mi equipaje. Tampoco encontraría nada de gran valor, la verdad. Lo poco que me interesaba colgaba a mi espalda.

—Con lo de que el coche estaba «ahí mismo» —dije, haciendo las comillas con las manos—, ¿te referías a la otra punta de la ciudad?

—La siguiente calle, lo prometo.

Corrí para ponerme a su lado. El chico sorteaba turistas con una destreza admirable.

—¿Siempre vas con tanta prisa?

Me miró de reojo.

—La verdad es que sí.

—Creía que el verano en el sur de Italia era para el relax y las vacaciones.

—Eso depende —respondió sin dejar de mirar al frente—. Es la época de más trabajo para algunos.

—¿Te dedicas a secuestrar los equipajes de muchas chicas en estos meses?

Su sonrisa lo hizo parecer aún más joven.

—Solo en los días buenos.

Cruzamos la calle y, para mi sorpresa, se detuvo de golpe.

—Ahí tienes el Limoncello.

—¿Cómo dices?

Señaló un Fiat 600 de color amarillo chillón. El corazón me dio un vuelco cuando lo vi. Era como el que había tenido mi padre de joven, según me había explicado.

Como si me hubiera poseído otra persona, ignoré el parloteo del chófer sobre el acabado de esa reliquia *vintage* heredada de su abuelo y acaricié la puerta despacio. No me costaba imaginarme a mi padre recorriendo estas mismas calles con uno así.

De pronto, me di cuenta de que Federico había dejado de hablar y me estaba mirando. Carraspeé, un poco cohibida.

—Es bonito.

—Es mucho más que bonito, señorita —insistió con orgullo. Lo rodeó para abrir el diminuto maletero y dejó con cuidado mi maleta—. Perdona, aún no le he preguntado a dónde se dirige.

Levanté la mano.

—Por favor, tutéame. No debo de ser mucho mayor que tú.

Sonrió con amabilidad y un ligero rubor en sus mejillas, hasta ahora bastante pálidas para un italiano en mitad de julio.

—Federico —dijo entonces al ofrecerme su mano. Ya sabía que se llamaba así, pero supuse que quería formalizar las presentaciones.

Acepté el saludo.

—Noa.

—¿Y a dónde quieres que te lleve, Noa?

Una mezcla de nervios, emoción y anticipación se pusieron a dar palmas en la boca de mi estómago antes de decírselo. Sus ojos castaños se abrieron por la sorpresa.

—Me parece que voy a tener que hacerte una rebaja.

—¿Y eso por qué?

—Porque no voy a tener que desviarme ni un poco para llegar a casa.

—¿Vives allí?

Asintió.

—La joya de la costa amalfitana.

Me subí a la parte de atrás del Limoncello y dejé la mochila a los pies del asiento. Bajé la ventanilla para que la ligera brisa se colara en el interior del coche. Federico me dedicó una última mirada amable por el espejo retrovisor antes de arrancar. El motor emitió un rugido ronco que me recordó al ataque de tos de un anciano. La comparación no era tan descabellada, teniendo en cuenta las décadas que debía de llevar el vehículo a cuestas.

Por alguna extraña razón, había decidido creer al chico al asegurarme que sus dotes de piloto eran mucho más fiables que las del resto de sus compatriotas.

Era mentira.

—¿Tienes que ir tan rápido? —pregunté mientras me aferraba al asiento como si se tratara de un salvavidas.

—¿Has visto el tráfico que hay? Si no aceleramos un poco, no salimos de aquí.

Aunque era amplia, Via Corso Italia apenas dejaba ver su asfalto. Había tantos coches, furgonetas y motos que estaba empezando a marearme. Federico cambiaba de marchas y de carril en lo que dura un parpadeo, mientras yo trataba de no apartar la vista de los restaurantes, heladerías y fruterías, de los viandantes alegres, de las tiendas de *souvenirs* a pie de acera. La avenida se estrechó, flanqueada por edificios de fachadas en tonos ocres y anaranjados. Estuve a punto de rezar en cuanto divisé el discreto campanario de una parroquia a mi izquierda.

—Llegaremos en una media hora.

—Si tardamos un poco más, tampoco pasa nada —me apresuré a aclarar—. Lo importante es que lleguemos.

Su carcajada inundó el coche.

—¿En España no corréis?

—Esto no es correr, Federico, esto es otra cosa —mascullé.

—En cuanto salgamos de Sorrento, bajo el ritmo, lo prometo.

«Si es que salimos», pensé. Aquello parecía un laberinto de vehículos a motor en todas direcciones. No había respeto por las señales o los pasos de cebra. Contuve la respiración en tantas ocasiones que creí que terminaría dándome un infarto.

Corso Italia era extremadamente larga. Aún no había terminado cuando tuvimos que torcer a la derecha en Via Mortora. Conforme nos alejábamos del centro, los edificios dejaban paso a viviendas más sencillas que salpicaban un camino mucho menos urbanizado. A colinas verdosas que, desde la lejanía, prometían una mayor tranquilidad.

Suspiré de alivio cuando la carretera se abrió a una zona en la que ya no había lugar para los peatones. Dos carriles, ambos sentidos, y ninguna intersección. Las casas se veían diminutas entre los árboles a esta distancia, separados del asfalto por un pequeño muro de piedra que nos acompañaba sin descanso.

—Así que no te gusta el tráfico.

Alcé una ceja y busqué la mirada de Federico.

—¿Y a quién sí?

Asintió, conforme, pero ya no dijo nada. Quizá viera en mi rostro, que seguramente estuviera más pálido de lo normal, que necesitaba un respiro.

Los albergues, hostales y hoteles comenzaron a aparecer en el trayecto con relativa asiduidad. Supuse que muchos turistas preferían hospedarse a las afueras, a medio camino entre Sorrento y otros lugares de la costa. No podía culparlos.

—El Tirreno —anunció Federico en un momento dado.

Observé la mancha de color azul en el horizonte, de la que no podía atisbar todavía ninguna orilla. Pero ahí estaba, ante mis ojos,

el agua que tantas ganas tenía de probar. Cuando volvía a esconderse tras el sendero repleto de árboles, esperaba impaciente a que apareciera de nuevo.

—Debes de estar cansado de recorrer este camino.

—Me gusta conducir. Y las vistas no están mal, ¿no?

Sonreí.

—Nada mal.

La carretera se extendía en sus interminables curvas, pegada a la montaña por un lado y con vistas al mar por el otro. Dejamos atrás pequeños miradores, algunos de ellos con puestos de cítricos a punto para ser exprimidos. Ahora que quedaba tan poco para llegar, sentía un remolino de emociones estallando bajo mi piel.

—¿Quieres parar? —preguntó Federico.

—Quiero llegar.

Ni siquiera aparté la vista del paisaje para responder. El chico comenzó a lanzar datos sobre calas maravillosas, pueblecitos con encanto y rincones de ensueño. Hacía aspavientos, levantaba las manos del volante e incluso se giraba para hablarme.

—¿Puedes mirar la carretera?

—La estoy mirando.

—Me refiero a la que tienes delante.

Se rio.

—Deberías aprender a relajarte.

—Lo tengo pendiente para cuando baje de tu dichoso «limón».

Sacudió la cabeza sin perder la sonrisa. Cuando vio que seguía mirándolo con el ceño fruncido, levantó las manos del volante un segundo. Chasqueó la lengua al entender que no pensaba reírle la gracia y se cerró una cremallera invisible. Para ser sincera, estaba convencida de que en la siguiente curva ya habría vuelto a abrir su boca.

El último tramo del viaje era una carretera sinuosa con algunas partes realmente estrechas que bordeaban las montañas. De espectacular belleza tras cada curva, también parecía esconder un peligro que podía atisbar en el semblante concentrado de Federico.

Seguía conduciendo rápido para mi gusto, pero al menos tenía las dos manos en el volante. El tráfico en una tarde de verano era notable, sobre todo en una zona tan turística como esta.

Atravesamos túneles excavados en el interior de las montañas y continuamos avanzando de la mano del Tirreno hasta que, por fin, las casitas que colgaban del acantilado nos dieron la bienvenida. Mis ojos comenzaron a humedecerse sin poder evitarlo. Tragué saliva, esperando que el nudo de mi garganta siguiera su camino y desapareciera. No tenía ganas de que alguien a quien conocía de unos minutos me viera llorar.

El Limoncello se detuvo cuando ya no fue posible avanzar más. Abrí la puerta y tragué saliva antes de salir. Cuando pisé el suelo, sentí que las piernas me flojeaban. Me acerqué a la barandilla del lado derecho de la carretera.

Aquí estaba la postal.

Ni los pasos de Federico a mi espalda consiguieron que apartara la vista de lo que tenía en frente. El chico se apoyó a mi lado.

—Bienvenida a Positano.